

El fracaso de una dictadura

AMILCAR GONZALEZ*

En marzo de este año, Argentina cumplirá siete años de gobierno. Más allá de la verificable catástrofe que esto ha significado para el otrora próspero país sureño, es posible rescatar una comprobación optimista: la dictadura se retira. Su proyecto se desintegra aceleradamente y el retorno a la democracia es ahora más posible que nunca.

Detrás va quedando un largo proceso destructivo cuya comprensión se hace a cada momento más accesible, a medida que los acontecimientos nos van suministrando las íntimas claves para explicar lo que pasó y reflexionar sobre lo que vendrá.

UNA GUERRA DEMASIADO SUCIA

Todo comenzó con una coartada retórica: la preservación del estilo de vida occidental y cristiano, ante el avance de la subversión y la quiebra de los valores nacionales. Jugaron como vehículo de la motivación: la ineficiencia del gobierno de Isabel Perón, desgastado por sus contradicciones doctrinarias; la falta de articulación para conducir el Movimiento Peronista, acéfalo y sin rumbo luego de la muerte del líder carismático que había dirigido los intereses de las mayorías desde 1945 hasta su muerte en 1974; y la guerrilla, que aprovechó la coyuntura para lanzarse a la aventura de la violencia sin consultar al pueblo.

La lucha armada, protagonizada principalmente por Montoneros (de extracción inicialmente nacionalista cristiana, luego peronista) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (trotskistas), nunca alcanzó, aun en los momentos más exitosos de su accionar, la categoría de una amenaza para el país. Sus efectivos, aunque eficientes y decididos, no pasaban de 5 mil combatientes, frente al poderoso ejército argentino que sumaba más de 200 mil hombres. Es notorio que el foco guerrillero del ERP en Tucumán podía eliminarse hacia 1974/75 en una sola acción militar. Tampoco Montoneros estaba en condiciones de realizar operativos de gran envergadura, aunque sí muy espectaculares (secuestros, atentados, ajusticiamientos), por falta de sustento popular.

Desde la asunción del peronismo al poder (en 1973, primero con Cámpo-

ra, luego con Perón) los militares planeaban un golpe con el objetivo de asestar un mazazo a las organizaciones políticas y sindicales que planteaban la transformación de las estructuras sociales. Para el sector militar, vanguardia de un proyecto de dominación, el peronismo seguía siendo, como decía John William Cooke, "el hecho maldito del país burgués". Conscientes de la debilidad y crisis interna del Movimiento y del resto de las expresiones políticas progresistas —a lo que se unía el estado de violencia desatada por la lucha en las calles de la guerrilla y el accionar de las bandas de ultraderecha— los militares lanzan en marzo de 1976, en su primera fase, un golpe tentativo. Buscaban probar la capacidad de reacción popular. Ante la falta de respuesta, inician la segunda fase, una verdadera masacre sistemática, destinada no ya a liquidar a los grupos en armas, sino a descabezar las organizaciones políticas y sindicales.

El método, definido como "guerra sucia", tuvo características apocalípticas. Uno de los jefes de la represión afirmó: "estamos contra la subversión, sus simpatizantes, sus colaboradores y también contra los indiferentes". La cruzada occidental y cristiana había comenzado, con sentido ejemplificador y definitivo.

La actividad militar fue más allá de los estrictos cánones de la guerra convencional. Hubo también el sadismo de la revancha y el odio de clase, que la sicología podrá explicar mejor que la política y la sociología. La mayoría de los caídos no lo fueron en combate. Se trató de asesinatos cometidos contra prisioneros inermes e indefensos que no pertenecían ni a las organizaciones de la guerrilla.

El resultado es éste que ahora está saliendo a la superficie como la punta de un ominoso iceberg. Se habla de 20 mil muertos; no menos de 10 mil detenidos entre 1976 y 1980; métodos de tortura que harían empalidecer a los maestros del género; secuestros de familias enteras, entre ellas más de cien niños cuyo paradero se desconoce; cementerios clandestinos con cadáveres sin nombre; esqueletos con pies de cemento en el lecho de diques y lagunas; y por el mundo entero se desplaza una moderna diáspora de argentinos que llega casi al 10 por ciento de la población, o sea, más de 2 millones de personas.

APARECEN LOS INSTIGADORES

Pero sería un argumento mani-

queo —e ingenuo— suponer que la guerra de exterminio se hizo por el predominio del bien sobre el mal. En realidad la intención fundamental fue controlar la economía, para instalar un experimento favorable a los intereses transnacionales a través de doctrinas basadas en las proposiciones de la llamada Escuela de Chicago.

Los aliados nacionales fueron —son— la burguesía autóctona asociada con el gran capital internacional. Se trataba de apoderarse del Estado para cumplir en forma integral con el designio de la dependencia. Empezaron por destruir la industria nacional que permitía la independencia del exterior a través de la sustitución de las importaciones. De paso, al cerrar los grandes conglomerados fabriles, se anulaba el sustento del poder sindical.

Por esa puerta ancha entraron otra vez las exportaciones de artículos suntuarios y de consumo masivo. La típica expansión monopólica se fortaleció con el deterioro de los precios de las materias primas y el acoso de las barreras proteccionistas unilaterales que dificultan el camino de los productos manufacturados.

Instantáneamente el empresariado local fue desplazado en beneficio de las corporaciones transnacionales oligopólicas. Hubo fuga masiva de capitales. Y aparecieron las secuelas inevitables: desempleo —mano de obra barata—; e inflación, que permite una distribución no social del ingreso y favorece la especulación financiera, ese nuevo canto de sirena de las economías en crisis.

Las consecuencias de este proyecto están a la vista y son comprobables por las estadísticas. El Producto Bruto Interno cayó al 6,1 por ciento (BII, 1981); el 20 por ciento de la población está desocupada; la deuda externa que en 1976 era de 7 mil millones, trepó a 40 mil millones; la devaluación es del 300 por ciento y la tasa inflacionaria del 200 por ciento.

La liquidación del aparato productivo perjudicó principalmente a la clase obrera, que recibe el choque combinado y demoleedor de la inflación y la recesión. Al prohibirse la actividad sindical no se pueden ejercer los mecanismos de negociación obrero-patronal para el ajuste de salarios. Por otra parte el sector de la seguridad social, que podría ofrecer un paliativo en manos de las organizaciones sindicales, fue prácticamente aniquilado por los altos costos de las prestaciones, la ineficiencia de la

* Periodista argentino, dirigente sindical, exiliado en Venezuela.

administración y los negociados que han enriquecido a los interventores militares en los gremios.

La marginalidad, un fenómeno en vías de extinción en la Argentina contemporánea, ha regresado con sus secuelas de desnutrición, analfabetismo y desarraigo familiar. Las ollas populares son hoy testimonio elocuente del desastre. El ciclo se cierra, naturalmente, con la constatación de incalculables fortunas amasadas al amparo del poder militar. Como una burla más, en octubre de 1982, al mismo tiempo que rechazaban incrementos salariales, los militares resolvían aumentarse los suyos en un 75,6 por ciento.

LAS MALVINAS, EL PATRIOTISMO Y LA DESHONRA

En el medio de esta crisis global, próximos al derrumbe, los militares imaginaron una salida muy afín con su estructura simplista de pensamiento. Creyeron que una invocación al nacionalismo y a la sensibilidad patriótica podría salvarlos. Arrogantes, dirigieron la mirada hacia las ignotas islas Malvinas, que los ingleses obtuvieron por rapiña en 1833. Se ejecutó, en abril, un operativo de reconquista por la fuerza.

Con esta maniobra consiguieron por un momento canalizar esa veta inagotable de los pueblos que es el patriotismo. Buscaban distraer la atención para que no se pensara en el desastre nacional. Y por un momento lo lograron. El pueblo argentino y los países progresistas en América, interpretaron con esperanza que era una sentida reivindicación contra el colonialismo. Todo anduvo bien —euforia triunfalista de por medio— hasta que el imperio y sus socios —Europa y EE.UU.— mostraron el verdadero rostro de la guerra: ésa donde de verdad se mata, en la que hay que combatir a un enemigo que está de frente y armado. Acostumbrados a la otra guerra —la sucia— les fue imposible derrotar a los ingleses, un ejército profesional que es además el brazo armado de un imperio habituados a someter y destruir. Aunque los soldados reclutados combatieron con valor, la guerra se perdió ignominiosamente. Los jefes y oficiales, que poco antes se batían arrojadamente contra ciudadanos indefensos, eligieron el deshonra de la capitulación.

La mejor enseñanza fue, indudablemente, la inolvidable solidaridad latinoamericana que los argentinos recibieron como una lección. Y que tal vez los motive para mirar al continente como una parte indivisiblemente ligada a su propio destino.

EL PENDULO ENTRE LOS IMPERIOS

Sin embargo, luego del desastre, los militares han dirigido otra vez su

mirada al amigo del Norte. Conviene recordar que el golpe del '76 se dio para preservar al país del "avance irrefrenable del comunismo". Antes de Las Malvinas, el gobierno argentino se había comprometido con el Departamento de Estado a otorgar ayuda para favorecer la estrategia continental norteamericana. De este compromiso surgió el apoyo a El Salvador, Bolivia (antes de Siles Suazo) y a los somocistas en Nicaragua. Asesores militares argentinos cumplieron tareas en Centroamérica, según recientes confesiones de uno de ellos.

La reconciliación es un hecho. Informaciones de prensa admiten que el Congreso de USA prestaría acuerdo para el rearme de las desmanteladas fuerzas militares argentinas, a fin de evitar que el país del sur caiga en la órbita soviética. El hijo pródigo vuelve a casa.

Pero lo cierto es que a pesar de haberse hecho la guerra antisubversiva para combatir al comunismo, la URSS no ha dejado de mejorar sus relaciones con el actual gobierno militar: actualmente es el principal comprador de los granos argentinos, proveyendo a la maltrecha economía de una nueva dependencia, en el juego pendular y alternativo de las grandes potencias.

Por primera vez en la historia un general ruso fue condecorado en Buenos Aires, a pocos pasos de donde se mataba por tener un retrato de Lenin. Y los militantes del Partido Comunista funcionan actualmente en todo el territorio argentino sin los riesgos de la represión. Incluso negocian el regreso de exiliados vinculados a la guerrilla. El trámite se realiza a través de Cuba, lugar de residencia de la cúpula de Montoneros, que ahora adhiere al eje ideológico que pasa por Moscú y La Habana.

Se cree que el apoyo de los militares al PC está destinado a corroer la monolítica adhesión del movimiento obrero al peronismo, favoreciendo la división sindical a través de una futura central obrera de orientación prosoviética.

Y en el juego de los grandes intereses internacionales hay muchas otras sorpresas. Como la actitud de Israel, que ayer denunciaba al gobierno por la persecución antisemita, comprobada incluso por los organismos que se ocupan de los derechos humanos y que un testimonio periodístico —el de Jacobo Timmerman, torturado y detenido sin proceso— difundió por todo el mundo. El canciller israelí Isaac Shamir acaba de visitar Buenos Aires para reanudar la venta de armas suspendida varios años atrás a raíz de la presión internacional.

En el plan de recomposición de las relaciones con los Estados Unidos se inscribe también el asilo otorgado por la Argentina a los militares narco-

traficantes bolivianos (García Meza y Arce Gómez) y el inicio de una campaña para desacreditar al flamante gobierno de Siles Suazo, a quien acusan de recibir ayuda técnica cubana y promover desde el altiplano un nuevo brote subversivo en el Cono Sur.

El destape informativo ha revelado, recientemente, las relaciones de los militares con la Logia P2 y las vinculaciones con el Movimiento Moonie que pertenece a la Unificación Church de los Estados Unidos, y funciona con el apoyo de las iglesias protestantes y evangélicas. La finalidad es el mejoramiento de la imagen de Argentina, a través del diario "Noticias del Mundo" editado por los "moonies" de Nueva York. La línea editorial defiende, además, la posición de las dictaduras de Paraguay, Chile y Uruguay.

LOS PARTIDOS AL ATAQUE

Prohibidas las actividades por ley, los partidos políticos han reverdecido al amparo de la apertura diseñada por el actual presidente Bignone y acelerada por la presión popular. El mayoritario partido Justicialista (peronismo) no ha definido candidaturas: aún no se repone del shock producido por la muerte de su líder; la conducción oficial está congelada a marzo de 1976.

Se descuenta que la puja por las candidaturas será una dura prueba para el mayor obstáculo del nucleamiento: la democracia interna. Muchos opinan que la coherencia sólo podrá prevalecer si se plantea la unidad a través de un proyecto nacional que conjugue las aspiraciones de todos los sectores, postergando las diferencias. Si esto no ocurre, emergerá el riesgo de la crisis y —en el peor de los casos— una subdivisión que quitaría fuerzas a la hora del sufragio, con el abandono de algunos sectores hacia otras corrientes políticas.

LA APUESTA DE ALFONSIN Y LA MULTIPARTIDARIA

Esta, al menos, parece ser la apuesta de una tendencia dentro de la Unión Cívica Radical —segundo partido en importancia— liderada por Raúl Alfonsín, titular del Movimiento de Renovación y Cambio. Caracterizado como de centro-izquierda, Alfonsín postula un no muy claro Tercer Movimiento Histórico, especie de simbiosis entre los dos grandes momentos de la política argentina contemporánea: el gobierno de Hipólito Irigoyen, que expresó los intereses de la clase media, y el encarnado por la figura de Juan Domingo Perón, al que adhirió la clase trabajadora.

Este Tercer Movimiento trata de introducir una propuesta superadora de la UCR, para atraer a un sector de la clase media que se peronizó en la década de los 70 y ahora podría volver al redil,

en una versión más moderna y progresista del radicalismo, que luce envejecido por el trámite lento que le imprimió en sus últimos años el ya fallecido líder Ricardo Balbín.

La estrategia de Alfonsín tropieza con la negativa de Juan Carlos Pugliese, ex ministro de economía que se define como ortodoxo y cuenta con el apoyo de la maquinaria partidista.

Fuera de los dos grandes, el resto de las expresiones carecen de valor electoral. La Democracia Cristiana, el Movimiento de Integración y Desarrollo y el Partido Intransigente, junto a los socialistas democráticos y los comunistas, son expresiones minoritarias cuya mayor importancia está dada por la correspondencia que mantienen con corrientes afines a nivel internacional.

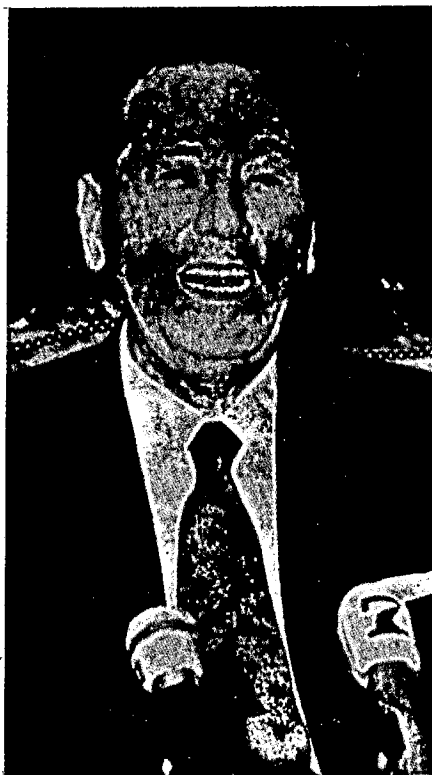
A pesar de la crisis, la común oposición a la gestión militar logró la creación de un instrumento unitario denominado Multipartidaria, en el que participan el peronismo y los radicales, la democracia cristiana y el MID (desarrollistas, dirigidos por Arturo Frondizi, ex-presidente). La Multipartidaria logró organizar la más importante movilización desde el golpe militar. El 9 de diciembre más de 100 mil personas manifestaron contra el régimen militar frente a la Casa Rosada (sede del Ejecutivo), pese al despliegue de un impresionante aparato de seguridad que actuó con el típico comportamiento represivo, matando a 2 obreros, hiriendo a 80 manifestantes y deteniendo a más de 120.

La Multipartidaria exige no sólo mejoras salariales y sociales sino que se adelante el calendario electoral. El actual gobierno se propone convocar a elecciones en noviembre de 83 y entregar el poder en marzo del 84; la Multipartidaria exige que el proceso termine en octubre del 83.

Este nucleamiento de partidos, en todo caso, tiene un accionar limitado. Su vigencia no va más allá de la coyuntura. La veda política —que trae ansiedad por los cargos públicos— y la ausencia de grandes líderes que podrían hacer propuestas de consenso, clausura el camino a los acuerdos nacionales. Un Pacto de Punto Fijo, por ejemplo, que permitió la instalación de un proceso democrático de largo aliento en Venezuela, no se ha planteado y es casi imposible que se formule.

EL SINDICALISMO EN ACCION

Cuando se habla de sindicalismo en la Argentina, hay que hacer una casi exclusiva referencia al peronismo, ya que la mayor parte de las organizaciones obreras pertenecen a esta ideología. Su máxima expresión es la Confederación General del Trabajo (CGT),



Sindicalismo es... peronismo

central unitaria que aglutina a la masa trabajadora.

Intervenida por el gobierno, al igual que la mayoría de las confederaciones, federaciones y sindicatos de base, la CGT no ha dejado por eso de expresarse con las clásicas herramientas del movimiento obrero: protestas, paros, movilizaciones. Sin embargo, no ha podido sortear la desarticulación que agita al peronismo. Actualmente conviven dos tendencias con la misma sigla, que se identifican por el lugar donde están instaladas sus sedes: la CGT de la calle Brasil y la de la calle Azopardo; la primera considerada más dura que la segunda.

Estas diferencias, alimentadas por el caudillismo personalista, no han estorbado la realización de grandes acciones de conjunto, como la huelga general del 6 de diciembre y la participación decisiva en la movilización convocada por la Multipartidaria. La lista de muertos y heridos documenta de manera inequívoca la intervención de los obreros en estos actos de repudio al gobierno militar.

El mes de diciembre fue intenso: también protestaron los gremios de metalúrgicos, judiciales, de la electricidad y de ferrocarriles. Prácticamente todo el espectro laboral está en pie de lucha.

Mientras tanto los interventores militares que se han hecho cargo de los sindicatos tratan de negociar la devolución de las organizaciones a sectores

potables para la continuidad de su proyecto que es la mediatización de la clase trabajadora y el recorte de su poder político. Pero los dirigentes son reacios a dialogar y negociar, fundamentalmente porque las fuerzas armadas, ya en plena retirada, no están en capacidad de garantizar acciones futuras. Por otra parte, se van conociendo más intimidades de la gestión de los oficiales en los sindicatos. Se han denunciado frecuentes actos de nepotismo, robo sistemático de los fondos que provienen de las cotizaciones sindicales y el desmantelamiento de los bienes de propiedad legal de los organismos obreros.

Precisamente las modificaciones hechas a la Ley de Asociaciones Profesionales apuntan a quitar a los sindicatos el manejo de los recursos de los afiliados, con la finalidad de restringir la movilidad económica y paralizar la acción reivindicativa.

UNA RETIRADA DESORDENADA

La pregunta que inquieta a la cúpula militar es: ¿cómo retirarse y al mismo tiempo conservar una cuota de poder? La vuelta a los cuarteles puede significar la deliberación interna y el reclamo por el saldo negativo para la institución de la guerra sucia, la de Las Malvinas y el caos económico.

Los militares han lanzado varias líneas tendientes a encontrar la respuesta. Una se frustró cuando los sectores políticos se negaron a aceptar una concertación basada en llamado a elecciones, condicionado a que el nuevo gobierno no investigue sobre los desaparecidos, Las Malvinas y la corrupción. Obviamente ningún político, por más interesado en el regreso a la democracia, podría garantizar un futuro en el que estuvieron ausentes estos cuestionamientos.

Las otras propuestas buscan interesar a políticos y sindicalistas en aventuras diversas. Se dice, incluso, que se busca un eje militar-sindical. El general Antonio Bussi viajó a España para entrevistarse con el dirigente peronista del gremio de los gráficos, Raimundo Ongaro, tratando de comprometerlo en una alianza de clases que pudiera —con esta plataforma— presentarse a elecciones. Los memoriosos no pueden olvidar que Bussi fue el gobernador de Tucumán, donde tuvo a su cargo la implacable y sangrienta represión desatada en esa región norteña, en la época de apogeo de la cruzada antisubversiva.

Este intento de abordar al peronismo desde arriba no ha pasado de conversaciones, sin que hasta ahora exista un resultado concreto, excepto desgastar más aún a los militares.

La negociación por un gobierno civil tutelado ha irritado a los sectores duros de las tres armas, comprometidos

en la represión. Están temerosos de investigaciones que desemboquen en un juicio de Nuremberg (en alusión al proceso realizado contra los nazis durante la Segunda Guerra). Por eso han aparecido comunicados de una Junta en la Clandestinidad que se opone a las negociaciones y postula mayor dureza y regreso a la fase inicial del proceso. También se han hecho conocer posiciones de grupos llamados "los sables blancos", en alusión a oficiales que no participaron directamente en la guerra contra la subversión.

Pero ni la Junta clandestina ni los sables blancos, y mucho menos los que quieren integrar al peronismo, pueden evitar la rápida descomposición y el estado de conmoción que ha ingresado como un germen mortal al seno de la institución armada. Es un axioma conocido que cuando los militares deliberan la disciplina se quiebra; y también la verticalidad en el mando, último recurso para conservar el poder.

LA SALIDA ARGELINA

El tema de los desaparecidos es el más comprometido para los militares. Todos los días la prensa —que desata poco a poco la mordaza del temor— da cuenta de nuevos cementerios clandestinos y detalles del operativo de exterminio montado en 1976. Las Madres de Plaza de Mayo, infatigables luchadoras por el esclarecimiento del paradero de sus hijos, afirman que los desaparecidos son más de 10 mil. Esta cifra, sumada a los muertos reconocidos, puede elevar la suma de víctimas a cantidades cercanas al genocidio.

En Buenos Aires solamente, han encontrado 12 cementerios con tumbas NN y los jueces —anteriormente comprometidos con el régimen— empiezan a dar curso a los reclamos. En noviembre se hablaba de 1.183 cuerpos no identificados yacientes en estos sepulcros que han quedado como la huella macabra de la represión. Es innegable que los desaparecidos no son tales; se trata de muertos en condiciones que no pueden justificarse. Un enfrentamiento militar requiere participantes, datos de la acción y una forma de muerte acorde con este tipo de combates. Se habla también del funcionamiento de hornos crematorios, voladuras de cadáveres con explosivos y otras formas tecnificadas de la eliminación física de personas. La opinión internacional, sumamente sensibilizada, no da tregua y los organismos de derechos humanos cada vez afinan más sus denuncias con pruebas contundentes.

La imposibilidad de negociar u ocultar el crimen ha hecho bosquejar una salida pragmática: dar a publicidad una lista de alrededor de 2.500 desaparecidos, sobre cuya muerte se haría

cargo el gobierno. Junto a esta medida que podría aliviar las tensiones, se promulgaría una ley para permitir el regreso de los exiliados, con la excepción de los considerados de alta peligrosidad.

Otro recurso sería realizar un Nuremberg moderado, que concluiría con la entrega —como chivos expiatorios— de un grupo de oficiales, suboficiales y civiles que serían acusados de excesos durante la represión. La dificultad para esta salida consiste en que los acusados, a su vez, estarían en condiciones de probar que su participación en el aniquilamiento fue realizada por orden de los altos mandos, lo que ampliaría la complicidad a las más altas esferas de las tres armas.

También se bosqueja una amnistía "a la Argelina", que imitaría a la que dio el general De Gaulle para evitar el juzgamiento de los oficiales torturadores. Esta amnistía se extendería a uno y otro bando —subversión y represión— y tendría como finalidad cancelar el juzgamiento militar. Esta vuelta de tuerca es difícil, por la diferencia abismal entre los beneficiarios: la calidad de los crímenes militares no es comparable o equivalente con la de los acusados o sospechosos de favorecer a la subversión.

INTERVIENE LA IGLESIA

Ante la negativa de los políticos y sindicalistas a negociar una salida condicionada, la Iglesia se ha colocado como mediadora, aunque su papel en el proceso iniciado en el '76 sea juzgado como muy contradictorio. Por una parte existe un sector de la jerarquía eclesial comprometido con los intereses populares y las aspiraciones de un pronto retiro de los militares. El viaje del Papa y las grandes movilizaciones religiosas en estos 6 años sirvieron para que este sector canalizara las protestas y las ansias por una efectiva pacificación nacional.

Por el otro lado la Iglesia argentina arrastra como un estigma la actitud participacionista de prelados catalogados como reaccionarios. Nada menos que el Arzobispo de Buenos Aires, cardenal Juan Carlos Aramburu, declaró a mediados de noviembre a un periodista del diario "Il Messaggero" de Roma, que la actitud de los militares era justificada: "a la violencia se ha respondido con la violencia", dijo: "el elemento detonante de la situación ha sido el terrorismo, un fenómeno que por suerte en la Argentina fue eliminado". Después adelantó la hipótesis de que no existen desaparecidos: "a cada cadáver corresponde un ataúd y los NN son gente muerta que las autoridades no pudieron identificar; hay desaparecidos que hoy viven tranquilamente en Europa". Estas manifestaciones, junto

a actitudes de otros miembros del episcopado que apoyan abiertamente a los militares, han enrarecido el clima interno de la Iglesia argentina, que soporta también una crisis institucional.

Los miembros del equipo Pastoral Social han sido encargados de la negociación, pero su acción está restringida por el control del propio episcopado. El 19 de diciembre se realizó en todo el país una "Jornada de reconciliación", con misas y homilias. En los textos se retoma la tesis del "Olvido y Perdón" para las acciones durante la guerra sucia. El mensaje del Episcopado alienta a "orar por la reconciliación nacional y en sufragio de los caídos en la guerra de Las Malvinas y a causa de la subversión y de la represión". La propuesta es la de "frenar el resentimiento y aceptar su parte de responsabilidad en graves faltas y desaciertos del pasado; la justicia por sí sola no es suficiente; puede conducir a la negación y al aniquilamiento de la misma".

Este llamado a la reconciliación sin culpables ha sido calificado como una claudicación. Incluso las Madres de Plaza de Mayo han demostrado su desacuerdo con una proposición que dejaría en suspenso la ubicación de sus familiares desaparecidos.

EL TRAMO FINAL: LA DEMOCRACIA

En este panorama incierto y complejo aparece, como una certeza, la retirada militar y una pronta democratización del país, lo que no excluye un intento desesperado por mantener el poder. La salida electoral parece ser la única posibilidad de la institución armada que se ha quedado sin base alguna de sustentación. Contribuye a favorecer la salida por las urnas el aumento del nivel de respuesta popular, que conlleva el riesgo de explosiones espontaneístas que pueden desembocar en un estado de anarquía global.

Agotado el modelo de dictadura de la seguridad nacional, el Cono Sur parece obediente al ejemplo de Brasil, que implantó ese sistema hace 18 años y ahora también concede elecciones y se retira gradualmente, aunque a un costo muy inferior al de Argentina. La democratización de Bolivia y del resto de los países andinos, a excepción de Chile, juega favorablemente para un retorno a la legalidad, en un continente en el que fracasan sistemáticamente las opciones totalitarias. Al borde del año 2000, América Latina puede intentar solucionar sus dificultades en un marco de democracia real, solidaridad internacional y afianzamiento de los procesos de integración. El ejemplo del desastre argentino puede servir para que las aventuras militares sean superadas definitivamente.